

Sí, los Fantasmas existen

René Martínez Pineda,
docente de Ciencias Sociales

Lo que más me impactó fue el inconfundible olor a mango verde que se deslizó, sin trabas, por mis laberintos. Esto ocurrió hace poco, un miércoles cualquiera, sobre la calle Arce y a plena luz del día. Junto a ese olor a mango verde con limón, sal y chile vino una silueta remendada por la emoción que me saludó muy efusivamente: “René -me dijo- cuánto tiempo sin vernos”. Yo, más avergonzado que sorprendido por no poder recordar a quien me saludaba, no obstante serme familiar su cara, devolví el saludo tratando de ser igualmente efusivo. Mientras hablábamos sobre tiempos pasados que me iban ubicando, cautelosamente, yo le ponía todos los uniformes que usé de estudiante para tratar de fijar su cara con alguno de ellos. No pude. Por eso recurrí a la salida fácil: “¿cuántos años teníamos sin vernos? -le pregunté, para que, en un solo lance, esos recuerdos sin fecha se metieran en el viento. “¡Treinta años! -me contestó, como si estuviese diciendo treinta meses.

Sí, esa silueta remendada y bien vestida, pero con unos zapatos sucios, como si viniesen de un interminable transitar por caminos polvosos, era un amigo de mi infancia remota y feliz. Hasta entonces fue que pude entender, y beberme tranquilo, aquel olor que había invadido el espacio de una charla que brotaba fluida, como nacimiento de agua escondida, y llegué a las lluvias que tanto me gustaban; a la ciudad pintarrajeada de nosotros que no sabía de latitudes, y sí de laberintos irreales. A la ciudad que me vio desnudo espiando a las muchachas que se bañaban, desnudas también, en el río, mientras lavaban sus trapitos honestos y sus cuerpos que eran azules

de tanto secarse con el cielo. La ciudad que se esforzaba por maquillarse de celajes con las nubes que siempre eran blancas y lentas, para que nosotros pudiéramos hacer carreras con ellas.

La plática se llenó, sin que nos diéramos cuenta, de suspiros espontáneos y profundos, como los que tuvimos cuando conquistamos la miel de las primeras novias con olor a cuaderno y a naranjas recién sacrificadas; se tornó misteriosa y maravillosa, a la vez. Misteriosa porque mi amigo de ayer me preguntaba por las cicatrices que mis pasos pintaron en el polvo de un camino que él no recorrió conmigo, pero que parecía conocer muy bien. Nuestros ojos se bañaron con tantos recuerdos pretéritos y, como cuando niños, en ellos se nos formaron arco iris absurdos. Acechando recuerdos, que ya se estaban poniendo tristes de tanto estar guardados entre los trapos viejos de nuestras conciencias de hoy, volvimos a la escuela que nos vio correr fuera de sus rieles inertes mientras hacíamos milagros con las manos despiertas; volvimos a recordar las leyendas despaciosas con las que aprendíamos la historia real de nuestras vidas, sentados alrededor de una hamaca tejida con hilos insobornables; volvimos a reír como reíamos antes, como nos reíamos antes de medir la vida en múltiplos de cien, en lugar de medirla por el porte de las alas que nos juraban que teníamos guardadas en el corazón; volvimos a realizar, con ese maravilloso viaje al corazón, las misiones al río, verdaderos vaticinios de mis insurgencias futuras, y nos reímos recordando cómo intentamos liberar, sin éxito, a los bueyes cautivos en el rastro, después que vimos cómo los sacrificaban.

Mi amigo de ayer, que yo vi mucho más viejo que yo, sabía de mi aliento dormido desde que mi pseudónimo se marchó sin despedirse; sabía del eco de las fantasmagorías que despierto para jugar al cangrejo con mi vida y para desenterrar las fábulas trashumantes que me hicieron creer en el aliento de una sociedad que en lugar de cinchos tiene juguetes y llaves del misterio; sabía que había recuperado, después de andar por empinados caminos hechos con ladrillos de calavera -de los cuales borraba mis huellas- el maleficio terrible que me cayó desde que escribí mi primer cuento en 5° grado; sabía que aún lucho por liberar al alfabeto y que sigo emboscando a la línea recta y dinamitando dogmas y que sigo viendo a la Historia y la Sociología como la emoción de hacer el amor bajo la lluvia; sabía que me río de los que han hecho de la poesía una flor disecada entre las páginas de su prepotencia; sabía que mis manos no tienen sueño. Todo eso sabía, como si hubiese estado vigilando, desde lejos, mi vida.

Esto, y sus zapatos sucios, me inquietaron y, para tranquilizarme un poco, le pregunté dónde vivía. “En la misma casa que conociste cuando estudiamos juntos” -me contestó, al momento que se retiraba, después de fijar una segunda lluvia de recuerdos y llevarse el olor a mango verde. No volví a verlo y en el lugar donde me

dijo que trabajaba no lo conocían. Así que decidí ir a buscarlo a su casa, en el barrio San Sebastián de Ciudad Delgado, ahí por el otrora bullicioso “Quinto Patio”. Llegué hasta el lugar donde jugábamos, todas las tardes, aquellos que siempre fuimos los mejores amigos, los amigos inseparables, los que cuando nos echábamos los brazos al hombro éramos invencibles e irresistibles para todas las niñas del barrio. Frente al lugar, el paisaje me cayó encima: en lugar de las casas que me vieron jugar, había un predio baldío lleno de monte hirsuto y atiborrado de un olor a mango verde que casi se podía tocar. Pregunté, intrigado, a una señora que estaba barriendo justo en la acera de enfrente si sabía de la familia que vivió en ese lugar, si sabía de mi amigo de ayer. La respuesta me intrigó aún más: “a todos ellos los mató la Guardia durante la guerra” -me dijo, sin soltar la escoba y sin verme a los ojos porque, de seguro, creyó que era yo el alma en pena, y no mi amigo, el de los zapatos sucios.

Sus zapatos viejos me hicieron ver cómo hemos cambiado y me llevaron a lo mejor que vivimos antes de que se separaran nuestros destinos. Esos fantasmas son los que están cuidando mis juguetes y mi utopía, y son los que envejecen por mí cuando dejo de realizar los viajes hacia dentro del corazón para ir a jugar con ellos.